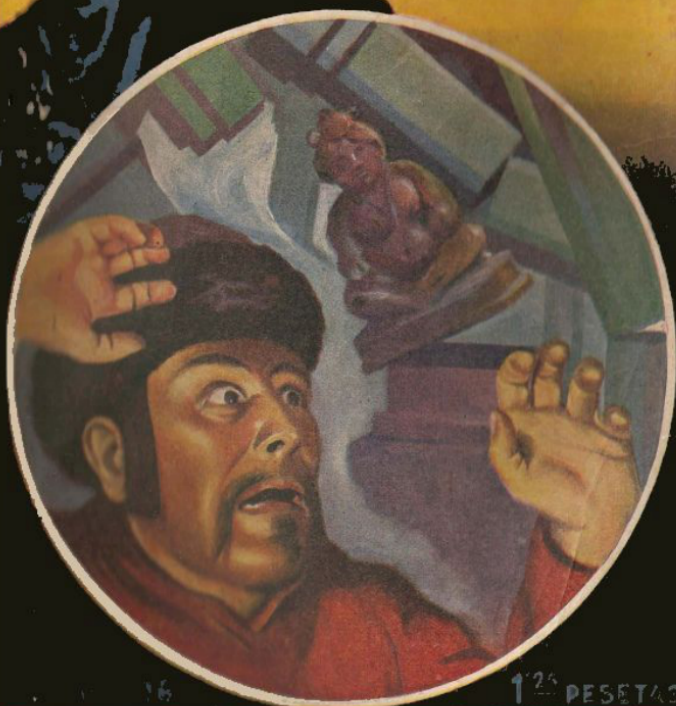


El **DRAGÓN DE FUEGO**



1²⁵ PESETAS

LA HECATOMBE FINAL

Fidel Prado Duque

La hecatombe final

El dragon de fuego - 16





Capítulo primero

El muerto resucitado

SE hallaba bastante avanzada la noche cuando una caravana compuesta de casi un centenar de personas, avanzaba a buen paso por la ruta de los peregrinos, dando vista a Lhasa.

Aquella caravana era la misma que días antes llegara a Talung, apenas Karus y sus amigos acababan de poner los pies en el poblado.

A lomos de uno de los camellos, se destacaba en la noche estrellada una silueta alta, musculosa, envuelta en una capa color

escarlata, y luciendo en su cabeza un bonete cónico, rematado por la bola de coral de los mandarines.

Aunque trataba de resguardarse del frío de la noche cubriendo su rostro con la capa, podía observarse que llevaba la cabeza vendada, así como la mano derecha.

Aquella silueta era la del fiero y cruel Wang-Cheng, el Jefe de «El dragón de fuego», a quien los tres aventureros creían para siempre camino del paraíso de Buda. ¿Cómo había vuelto a resurgir tan siniestro personaje a quien los perseguidos habían arrojado al fondo de la catarata en el pavor de la noche? La suerte y nada más que la suerte, había influido para que el siniestro personaje escapase a una muerte cierta, reapareciendo en los momentos más culminantes de la aventura.

Cuando Régis le balanceaba en el vacío para arrojarle al caudal de agua, el mogol volvía en sí, y debido a su recia naturaleza, se dió perfecta cuenta de su caída, así como del impresionante chapuzón que sufrió al ser cogido por la espumante catarata.

Consciente de que aquel momento supremo era vital para su vida, hizo un esfuerzo supremo, y agitándose con fiereza, logró evadirse del azote de la caída de agua, dejándose arrastrar por la corriente.

Buen nadador, se defendió en la obscuridad, manteniéndose a flote.

Desconocía el lugar donde había sido arrojado, y solamente le era posible nadar para no ir al fondo, sin saber cómo ni por dónde podría salir.

El cauce que formaba el agua de la catarata era estrecho y tumultuoso. Encajonado entre ásperos peñascales, de vez en vez la corriente le arrojaba contra alguno, causándole sendos dolores al chocar con ellos, pero el mogol era duro y sabía resistir los dolores físicos con entereza. Para él no existía ya nada más que la venganza. Ansiaba poderse librar de aquel tormento, poder ganar la orilla y correr al poblado para buscar a sus enemigos y destrozarles en medio de los más horribles tormentos. Pero aquel maldito cauce, que debía correr entre la unión de dos montañas, no se prestaba a ganar tierra, y Wang-Cheng observaba con terror que las carnes se le helaban como si le clavasen cientos de agujas en ellas y que la

cabeza le dolía como si tuviera dentro cientos de toneladas de piedras corriéndose de un lado a otro.

Con ansia infinita nadaba, reservando sus escasas fuerzas. Si abusaba de éstas y tardaba en encontrar la salida era hombre muerto, y el mogol no quería morir hasta que no se hubiese vengado cumplidamente.

Durante más de una hora se dejó llevar de la corriente, sin ver otra cosa ante él que la masa negra del estrecho y elevado cauce, hasta que, por fin, descubrió que éste se ensanchaba, que la marcha del agua era menos tumultuosa y que las márgenes empezaban a descender gradualmente.

Lanzando un suspiro de alivio, trató de mantenerse en la orilla hasta llegar a sitio propicio para abandonar aquella cárcel mortal. La suerte acudió una vez más en su ayuda, pues ya se hallaba agotado y próximo a abandonar todo esfuerzo por defender su vida.

En un poderoso impulso ganó la orilla, donde cayó extenuado, y a pesar del frío intenso que atenazaba sus huesos y de la humedad que le cubría, quedó en tierra como muerto, privado de conocimiento.

Lucía el sol cuando volvió en sí, aterido, agotado y sin ánimos para moverse, pero, apelando a sus energías, se puso en pie y dió elasticidad a sus músculos, recobrando parte de las pérdidas fuerzas.

Luego, su solo pensamiento fue el de volver al poblado cuanto antes y sorprender a sus enemigos. Si lo lograba, su venganza iba a ser algo que se recordaría muchos años en el Tíbet.

A la ventura, echó a andar, tratando de orientarse. El paisaje agreste, montañoso, duro, sin un punto de referencia, le impedía caminar con una ruta determinada, y así deambuló hasta última hora de la tarde, en que, al coronar una gran altura, descubrió la aldea a un par de millas de distancia.

Apelando a toda su voluntad, consiguió llegar a ella, pero era tal la fatiga, el cansancio, los dolores que le aquejaban, que sólo tuvo tiempo para llegar a su morada y dar órdenes de buscar a los extranjeros hasta en el fondo de la tierra.

Sus secuaces se hallaban ya seriamente alarmados por su ausencia. Le creían fuera por propia voluntad y se llevaron una

profunda sorpresa cuando tuvieron noticias de su trágica odisea.

Mientras descansaba y recuperaba energías, sus hombres se dedicaron a registrar el poblado en unión de los policías tibetanos, pero la búsqueda fué inútil, porque no lograron localizar a los audaces extranjeros.

En su vista, Wang-Cheng que había descansado unas horas, dió orden de prepararlo todo para marchar a Lhasa. Estaba convencido de que sus enemigos se encontraban ya en la ciudad sagrada y temía llegar tarde también, si aquéllos habían conseguido encontrar lo que buscaban ya lejos de allí.

Caminaron toda la tarde y parte de la noche, hasta conseguir dar vista a Lhasa, y ahora, Wang-Cheng, rabiando de ira y de rabia por la humillación sufrida, anhelaba llegar cuanto antes al monasterio, pues allí encontraría muchos peregrinos adictos a su causa, e incluso monjes rojos que le secundarían con agrado.

Cuando la caravana atravesó la calle principal y se enfrentó con el enorme peñascal sobre el que se asentaba el monasterio, Wang-Cheng descubrió el resplandor de las luces filtrándose a través de los policromados ventanales, y recordó que aquella noche se celebraba la fiesta de las lámparas.

Llamando a su lugarteniente, ordenó áspero:

—Que se lleven esa carroña de prisioneros a lugar seguro y el resto que me siga al monasterio. Llevar preparadas las armas.

La comitiva emprendió la agria subida a la explanada, y cuando por fin se hallaban cerca de la puerta, el terrible mogol se envaró sobre el camello, escuchando con atención.

A sus oídos acababa de llegar el rumor confuso de un griterío rabioso, que partía del interior del monasterio, así como las secas detonaciones de algunas armas de fuego.

—¡Por Buda! —rugió—. ¿Qué sucede ahí dentro? ¿Será todo esto obra de esos perros sarnosos? ¡Adelante conmigo!

Se arrojó del camello esgrimió un revólver en la mano derecha, y como un toro se lanzó hacia la puerta, franqueándola y penetrando en el interior del templo.

El cuadro que se desarrolló a su vista fué terrible. Sobre las losas yacían muchos peregrinos y algunos lamas, tanto rojos como amarillos, mientras el resto de la masa se agolpaba al fondo, cerca

de la estatua de Yambo.

Los gritos eran terribles, y el ruido de los disparos se iba haciendo más intenso.

Wang-Cheng avanzó seguido de sus hombres, y con la voz dura y penetrante que poseía gritó:

—¡Wang-Cheng! ¡Wang-Cheng!... ¡A mí mis fieles! ¡Lo ordena nuestra secta!

Muchos peregrinos, al oír la invocación, retrocedieron sintiéndose aludidos, y a ellos se unieron algunos monjes rojos que habían estado peleando como demonios.

El Jefe de «El dragón de fuego» interrogó al primero que se acercó a él:

—¿Qué sucede?

—¡Oh!... Han matado al Dalai-Lama cuando bebía el agua sagrada del lago de Tengri Nor... ¡Ha sido el Pachen Lama! ¡Muera el Tachen Lama!

Wang-Cheng se dirigió al caído cuerpo del joven Dalai, a quien todos habían abandonado y después de un breve examen y de convencerse de que había muerto envenenado, concibió una terrible sospecha y gritó hasta desgañitarse:

—¡Quietos!... ¡Quietos todos!...

¡Nadie acuse al Pachen-Lama de la muerte del Dalai! Yo puedo demostraros que no ha sido él el asesino.

Al oír la rotunda afirmación, un silencio sepulcral invadió el templo, y ambos grupos rivales, deponiendo su actitud, se arremolinaron en torno a Wang-Cheng.

Los que no le conocían por su cargo de Gran Jefe de «El dragón de fuego», se sintieron impresionados por sus insignias de gran mandarín, y respetando su jerarquía se dispusieron a oír sus explicaciones.

—¡No! —rugió—. El asesino no ha sido el Pachen-Lama, sino dos viles extranjeros que, disfrazados de peregrinos, han profanado nuestro santuario con el exclusivo objeto de robar sus tesoros. Los conozco muy bien, les vengo persiguiendo desde Pekín y se me han escurrido como anguilas de las manos varias veces, hasta el punto de que si estoy vivo hoy, ha sido por un milagro de Buda, que me reserva el placer de encontrarlos y de castigarles. Esos viles

extranjeros vienen dispuestos a robar nuestros tesoros y seguramente andan mezclados con vosotros mismos o disfrazados de lamas, para mejor maniobrar. Yo pido que se busque al Pachen-Lama, que se cierren inmediatamente todas las salidas y que se proceda a registrar y a identificar a todos los presentes. Tienen que estar dentro del monasterio y hay que aplicarles el más terrible castigo que jamás en el Tíbet se aplicó a profanador alguno.

Un alarido de rabia salvaje brotó de todas las gargantas, y los lamas, como fieras, se lanzaron hacia la puerta, cerrándola y montando una imponente guardia ante ella.

Pactada la tregua en virtud de aquellas afirmaciones, los peregrinos se dedicaron a recoger a sus heridos, mientras los lamas hacían lo propio con los suyos.

Un lama rojo se acercó a Wang-Cheng, y en tono misterioso preguntó:

—¿Por qué tienes tanto interés en salvar al Pachen-Lama? Ésta era una ocasión...

El terrible Jefe le miró un momento fulminándole con los ojos y contestó:

—Nadie en la secta puede discutir mis decisiones si no es en una asamblea. Yo sé lo que me hago. Nos interesa a todos mucho más esos extranjeros que todos los Dalai-Lamas y Pachen Lamas del Tíbet. Enmudece y obra.

El monje se retiró cohibido, y Wang-Cheng gritó:

—¿Dónde está el «khubilghan» del monasterio? [1].

Un lama, de una edad indefinida, pero que debía sobrepasar de los sesenta, se adelantó diciendo:



—Yo soy, Gran Mandarin.

—Buscad al Pachén y traerle aquí. Decidle que lo ordena el Gran Mandarin Wang-Cheng, de Pekín, y que no tema por su vida que yo se la garantizo.

El abad se escurrió por la puertecilla que guardaban varios lamas armados de revólver y se abrió paso entre los grupos de obreros de los subterráneos, que obedeciendo la orden de su jefe, habían acudido a defender la entrada contra el ataque de los peregrinos.

—¿Dónde está el Pachén? ¿Quién le ha visto últimamente?

Uno de los monjes obreros se adelantó diciendo:

—Yo le vi con dos lamas dirigirse hacia la parte sur de las galerías. Parecía como si tratara de salir por la escalinata de la roca.

El «khubilghan» se encaminó hacia el sitio indicado, y tras

recorrer infinidad de pasadizos secretos y ascender diversas escaleras, alcanzó la galería por la que no hacía mucho tiempo había pasado el Pachén acompañado de Karus y Regís.

El abad desesperaba ya de encontrar al huido, pues le creía lejos del monasterio en previsión de acontecimientos imprevistos, cuando, al acercarse a la pequeña explanada donde se abría la entrada secreta, tropezó con un cuerpo caído, que le obligó a retroceder sobresaltado.

Rehaciéndose, volvió hacia él y le arrastró de las sombras hasta colocarle cerca de una de las opacas lámparas que lucían clavadas en lo alto de la techumbre, y un grito de sorpresa se escapó de sus labios.

Acababa de reconocer al Pachén, todo cubierto de sangre y privado de conocimiento.

Presuroso, sacó un agudo pito de debajo de su hábito y moduló varias notas que debían ser un signo convencional, indicador del lugar de donde partían.

Minutos después, se sintieron voces angustiadas y carreras que se acercaban, y media docena de ламas hicieron irrupción en la galería.

—¡Pronto! —gritó el abad—. Ayudadme a recoger el cuerpo del Pachén.

Acabo de encontrarle herido aquí mismo.

Entre los seis tomaron el cuerpo y a todo correr, descendieron de nuevo para atrás una loca carrera para salir al templo.

Cuando los monjes vieron surgir el ensangrentado cuerpo del Pachén en brazos de los Лamas, ya no dudaron de las afirmaciones de Wang-Cheng, y como fieras se pusieron a gritar, pidiendo venganza.

Pero el severo Jefe de «El dragón de fuego» impuso silencio y calma, y acercándose al caído le examinó.

Pronto se dió cuenta de que su estado no era grave. Le habían asestado un golpe contundente en el cráneo, pero el herido era robusto y curaría pronto.

Más, al examinarle de arriba abajo, por si presentaba alguna otra herida, reparó en su ensangrentada mano, y al observar que le habían cortado el dedo, se irguió colérico exclamando:

—¡Gran Buda!... ¿Qué es esto? ¡Le han cortado el dedo!

El abad se acercó lleno de curiosidad, y tras un momento de estupor, reaccionó para gritar con consternación:

—¡El anillo sagrado!... ¡Le han robado el anillo de Dalai-Lama!

Wang-Cheng se dió cuenta rápida y clara del objeto que había provocado aquella amputación, y con acento salvaje exclamó:

—¡Profanación! ¡Los diablos extranjeros han robado el anillo sagrado! Ahí debía estar la clave de los tesoros que andan buscando.

Como loco, empezó a llamar a sus adeptos, dando órdenes tajantes. Tenían que registrar con los lamas todo el monasterio de arriba abajo, por si aún estaban dentro los profanadores, y si así no era, buscarles aunque fuese en las cimas del Himalaya y el Pamir.

Mientras el abad corrió en busca de los lamas doctores, los cuales acudieron presurosos con su estuche de medicina y cirugía a hacerse cargo del herido.

Pronto, gracias a la ciencia prodigiosa de aquellos sabios, en posesión de todas las fórmulas y secretos médicos más modernos del mundo, consiguieron hacer volver en sí al Pachén, al que ya habían cauterizado la herida de la mano por la que amenazaba desangrarse.

Apenas hizo el primer movimiento, Wang-Cheng se arrojó sobre él, y sacudiéndole rudamente preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¡Habla!... Todos los más sólidos cimientos de nuestra religión están en peligro... ¿Quién te hirió y cómo?

El Pachén tardó un momento en coordinar sus recuerdos, y luego, con voz desfallecida, quejándose de agudos dolores en la mano, relató todo lo poco que sabía desde que se le unieron los dos falsos lamas hasta que cayó, privado de conocimiento, a causa del golpe que le administrara uno de ellos con el revólver.

—¿Lograron huir por la escalera de la montaña?

—Supongo que sí. Me obligaron a abrirla. Luego, cuando me exigieron el anillo y me lancé sobre ellos...

Levantó la vendada mano al mencionar el anillo, y al darse cuenta de que le faltaba el dedo anular lanzó un grito ronco, clamando:

—¡El anillo de los Dalais-Lamas!... ¡Oh, estoy perdido!... ¡Buda

me maldice y me cierra su paraíso para siempre!

Y víctima de la tremenda emoción volvió a perder el conocimiento.

Wang-Cheng, bufando de ira, se encaró con el abad, diciendo.

—¡Pronto! Llévame a la salida de la montaña. Os prometo buscar a los sacrílegos profanadores y regresar con ellos o perecer para siempre.

El abad, impresionado, le hizo un gesto para que le siguiera, y sin darse cuenta de que estaba faltando a las severas reglas interiores del monasterio descubriendo sus secretos a un profano, le hizo pasar por la puertecilla y le guió por las galerías hasta la salida secreta de la montaña.

Capítulo segundo

El tesoro de los Lamas

APENAS las primeras claridades del día se esparcieron por el cielo, Karus y Regis que ardían en deseos de dar cima cuanto antes a la peligrosa aventura, se dispusieron a partir, pues estaban convencidos de que no tardando mucho el Tíbet ardería de punta a punta en indignación contra ellos, y que miles de fanáticos se lanzarían en su busca.

Con profunda atención y con un extraño presentimiento de angustia, se dedicaron a examinar el anillo. Algo les decía al corazón que al cabo de los cientos de años era casi imposible que aún se conservase dentro de su encierro secreto la clave que con tanto afán habían estado buscando los lamas y todos los adeptos a las sectas interesadas en apropiarse el tesoro.

El anillo era una grandiosa manifestación de arte de los orfebres tibetanos de hacía diez siglos. Todo de oro finísimo, con su peso exagerado por su tamaño grandioso, aparecía labrado en todo el aro con escenas minúsculas pero primorosas de las reencarnaciones de Buda, y en su parte superior, un gran aro del mismo metal, orlado de piedras preciosas, exhibía en el centro la figura de Buda incrustada en el oro del anillo, con pedrería de diversos colores, pero con tal perfección, ajuste y fidelidad, que todas las piedras

unidas, más semejaban un solo bloque que la ensambladura de cientos de diminutos pedazos del codiciado mineral.

La túnica estaba formada por una soberbia esmeralda de limpiísimas aguas, los brazos los componían varios diamantes rosa rarísimos por su suave tonalidad, y la cara, tallada en un bello berilo, era una verdadera obra de arte. Los ojos, unos ojos de color verde intenso, también procedían de unas chispas de esmeralda, pero la talla era tan humana, tan fuera de una mecánica artística, que parecían mirar con la gravedad que el filósofo chino tiene siempre a través de sus imágenes.

Tanto Karus como su criado, no hacían más que dar vueltas al anillo, buscando el secreto que tanto les interesaba, pero nada en él acusaba que estuviese compuesto de diversas piezas y que alguna de estas se desprendiese del conjunto.

—Me parece que aquí se quiebran nuestras ilusiones —murmuró rabioso Régis—. Esto parece compuesto de una sola pieza y no hay quien lo desajuste. Por otra parte, me parece impropio que en una cosa tan pequeña puedan estar ocultos planos e indicaciones que requerirían mayor espacio.

—Eso no es razón —murmuró el profesor—. Las instrucciones pueden ser parcas y concisas. Un nombre, una indicación, que, unida a lo que conocemos, formen el todo. No quiero dejar de creer que esté aquí encerrado y hay que encontrarlo.

—¿Pero cómo? ¿No ha visto que hemos probado de todas formas y no se abre? No creo que podamos machacarlo con una piedra hasta cascarle como una nuez.

—No, ni lo consentiría. Aparte de toda religión, aquí hay arte y el arte debe respetarse allí donde se encuentra. Procederemos con método y calma. A veces las prisas para nada son buenas.

De nuevo examinaron milímetro por milímetro el anillo sin mejor resultado. Si poseía una tapa, ésta estaba tan perfectamente disimulada, que no había nadie capaz de hallar el ajuste.

Karus, después de tan atento examen, afirmó:

—Creo que debemos cambiar de táctica. Estoy convencido de que el fondo del aro está hueco, pero el intríngulis está en levantar la tapa. Este Buda debe poseer el secreto.

—¿Cómo?

—No sé... Quizá exista algún resorte... ¿Dónde?

Preocupado, sacó el puñal, y con la punta se dedicó a tocar en todas las piedras que componían la figura. Podía estar allí el secreto y por probar nada se perdía.

Con paciencia infinita, empezando por el pedestal para llegar a la cabeza, se dedicó a tan paciente labor. El sol empezaba a lucir y era peligroso continuar allí, pero nada podían hacer sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. En su paciente recorrido llegó hasta los ojos. Aquellas dos chispas esmeraldinas parecían mirarle con sorna y severidad, y el profesor, con sumo cuidado para no desprenderlas de su encaje, se dedicó a apretarlas en varias direcciones.

De súbito, percibió un pequeño chasquido, tan débil, que hasta dudó que hubiese existido, pero al dar la vuelta al anillo observó con inmensa alegría que toda la parte superior había elevado hasta sobresalir del borde del aro varios milímetros.

Con cuidado, tomó con dos dedos los bordes de la tapa y tiró hacia sí. La tapa salió en una pieza, mostrando el hueco fondo del aro.

—¡Victoria! —exclamó el profesor—. ¡Ya di con él!

Regis, ávido de curiosidad, juntó su cabeza a la del profesor y clavó la mirada en el anillo. En el fondo se distinguía una pequeña piedra rosada, con una inscripción en chino, que, traducida trabajosamente por Karus, decía así:

*«Si hallaste el manuscrito, busca los tres hermanos, los más
fíles porque nadie puede separarlos y allí encontrarás!».*

Regis puso una cara muy larga al leer la traducción y se quedó con la cabeza baja, como si le hubiesen dado con un mazo en ella. Para encontrarse ante aquel nuevo y terrible jeroglífico no hacía falta correr los horrorosos peligros que habían corrido y aun podían correr.

También el profesor sufrió una decepción tremenda. Nada le decía aquello que parecía una aclaración, y sin embargo, quizá aquello para los lamas tuviese un significado claro y contundente.

Kao, a su lado, les miraba con sus ojillos inquietos y al parecer extáticos, pero su mirada se perdía en las montañas lejanas, donde

el sol pálido y frío derramaba sus amarillos rayos, tratando de fundir las nieves eternas.

De repente, el chino extendió la mano hacia su derecha diciendo:

—Sol pinta arco iris en «Los gemelos». Pronto tendremos agua.

El profesor no prestó atención a la inocua frase del chinito, pero, súbitamente, como tocado por un áspid, se volvió, y afianzándose del brazo gritó:

—¡Habla!... ¿Qué has dicho?

—Que sol pinta arco iris en «Los gemelos». Pronto lluvia buena para campo.

Karus clavó su mirada en tres picachos de unas no muy cercanas montañas que se distinguían perfectamente, y comprobó que el pico de en medio era algo más elevado que los que le rodeaban. Luego insistió:

—¿Cómo dices que se llaman esos montes?

—«Los gemelos». Un tío de Kao vino un año a fiestas al Tíbet y vió arco iris en montes. Esto anunciaba lluvia y llovió mucho. Luego vino a aldea y siempre que lucir arco iris, decía: «Como en Tíbet; cuando arco iris luce en «Gemelos» buena y abundante lluvia.»

El profesor, iluminando su rostro con una expresiva sonrisa, tomó del brazo a Regis y ordenó:

—¡Andando, muchacho! Ya he descifrado la clave.

—¿Qué dice usted? —preguntó el criado abriendo los ojos enormemente por el asombro.

—Sí. Kao acaba de darme la clave.

—No le entiendo, señor. ¿Se está burlando de mí?

—No. ¿No se llaman esos picachos «Los gemelos»? Pues si hemos de buscar los tres hermanos y esos se llaman gemelos, quizá porque son idénticos de forma, creo lógicamente que el tesoro está allí. Es absurdo pensar que los lamas lo iban a sacar de la región, exponiéndose a que se lo robasen.

Regis palmoteó de alegría al oír el razonamiento y exclamó:

—¡Oh, tiene usted razón! Kao ha dado la clave sin querer. Tenemos que llegar allá arriba cuanto antes.

—Mala jornada se nos prepara, Regis. No tenemos caballerías, ni alimentos, ni nada, y el viaje puede ser largo.

—¡Una idea! —gritó el criado—. Vamos a echar un vistazo a esa maldita torre de oraciones donde cazamos a los lamas. A lo mejor encontramos algunas vituallas para el viaje.

Apresuradamente se dirigieron a la torre, que permanecía vacía, y la registraron a conciencia. Por fortuna para ellos, encontraron una buena cantidad de carne de yak, de la que se apropiaron, así como de dos cantimploras para agua.

—No es mucho —aseguró Karus—, pero sí algo. No creo que esos montes estén a más de veinte millas de aquí, y si la suerte nos acompaña, en el día de hoy y parte de mañana podemos alcanzarlo.

Animosos, emprendieron el camino, adentrándose por una serie de estribaciones y vericuetos que les ocultaban a la vista de posibles curiosos.

—Tenemos que viajar muy alerta —advirtió Karus—. Es posible que a estas horas nos anden buscando, y como lancen detrás de nosotros sus terribles «deggs»...

—No me hable de ellos que se me ponen los pelos de punta. Por fortuna, nuestros enemigos nos han armado bien y podemos defendernos sañudamente.

Aquel día, hicieron una jornada bastante larga, animados por el deseo de llegar, y solamente al cerrar la noche hicieron un alto para devorar trozos asados de carne y beber un buen trago de agua.

Durmieron en una cueva, y al salir el sol reemprendieron la marcha, alcanzando, mediado el día, las estribaciones de los tres picos.

—Debemos escalar el de en medio —afirmó el profesor—. Es en él donde hay señalados algunos lugares en el gráfico y en él debe estar el secreto.

La subida no era muy suave, pero tampoco imposible. El monte formaba grietas profundas, con depresiones posibles de ganar, y a costa de un buen esfuerzo, consiguieron llegar a la cima mediado el día.

Ésta se presentaba plana y extensa. Al fondo brillaba un lago de bastante anchura, que debía formarse por la acumulación de las nieves durante el rigor del invierno, y en la parte oriental se descubría una especie de monumento funerario de época milenaria, pues consistía en un hacinamiento de enormes peñascos, colocados

unos sobre otros con cierta simetría.

La piedra central, enorme, sólida como la montaña, conservaba huellas de un primitivo arte escultórico pues en ella se destacaban, medio borradas por la acción del tiempo, ciertas figuras mitológicas, toscas y deformes, pero bastante gráficas y expresivas.

El profesor se acercó al monolito y lo examinó con profunda minuciosidad. Aquel monumento y, sobre todo, aquellas tallas del arte primitivo tibetano, llamaban su atención de hombre de ciencia por encima de su egoísmo de descubridor de tesoros.

—Mira, Regis observó, —he aquí las muestras de un arte rupestre tibetano. Puede calculársele a esta expresión de arte miles de años, y sería curioso estudiar las tallas par solazarse en el estudio...

—¡Por Dios, profesor! —advirtió el criado consternado. ¿No se le ocurre otra cosa en estos momentos en que tenemos a la espalda toda China y todo el Tíbet deseosos de echarnos la zarpa y colgarnos de un garfio ardiendo?

—Sí, tienes razón, pero... En fin, ¿qué más hay por examinar en esta explanada?

—Que nosotros hayamos podido descubrir, nada. No sé en qué nos vamos a fundar para descubrir el escondite del tesoro.

—En lo que nos hemos fundado hasta ahora; en nuestro ingenio para descubrir los secretos de los chinos a través de su astucia milenaria. Veamos el gráfico.

Tomó de su cota de malla, donde la conservaba, una copia del primer plano encontrado y lo puso ante los ojos de Regis diciendo:

—Estudiemos esto y relacionémoslo con el paisaje que tenemos a la vista y con los accidentes del terreno. Es indudable que todo guarda una conexión y que estamos en la última etapa del camino.

”En primer término, de estos tres picos de montaña, nada se señala en los de la derecha e izquierda, lo cual quiere decir que nada hay que buscar en ellos, en cambio, todos los jeroglíficos a descifrar aparecen en el pico de en medio.

«Esta mano burda, con el índice extendido, señala a este saliente que brota del centro de la explanada, y aunque el dibujo tosco, no cabe duda que se trata del monolito que acabamos de descubrir, pues incluso su emplazamiento coincide con el dibujo, señalándole

un poco a la derecha del centro de la meseta.

»Hasta aquí, la cosa parece clara. Ahora veamos más. Aquí se señala un dragón y un ojo... ¿Dónde están ambas cosas?

Kao, que se había colocado frente al monolito y lo examinaba con atención profunda, volvió la cabeza y exclamó:

—Honorable profesor... Dragón aquí dibujado en piedra...

El profesor se acercó con curiosidad, y, en efecto, descubrió a uno de los lados de la gran piedra un dragón con la boca muy abierta, tratando de devorar a un demonio con los ojos muy grandes y las garras contraídas.

—Perfectamente —murmuró—, esto es un dragón. Mal esculpido, pero un dragón... ¿Dónde está ahora el ojo?

—¿Cuál, el del dragón? —preguntó Regis.

—No; un ojo solo. Aquí se indica un ojo sin más aditamento.

Por más que examinaron atentamente todos los grabados del enorme bloque, no lograron descubrir ningún ojo y Regis, desilusionado, exclamó:

—Ya empezamos a fallar, profesor. Aquí no hay ojo alguno... Además, ¿qué significan estas rayas que parten de izquierda a derecha y estas otras que vienen de Sur a Norte?

—No lo sé y eso es lo que tenemos que descifrar.

Con honda preocupación empezaron a hacer conjeturas, pero nada de cuanto se les ocurría tenía una aplicación práctica.

—¡Malo! —murmuró Regis—. ¡Estaría bueno queuviésemos que abandonar de brazos cruzados estos andurriales después de haber sufrido tantos peligros para llegar donde pensábamos hallar el tesoro!

El profesor no le hacía caso. Estaba acostumbrado a sus raptos de pesimismo cuando no acertaba rápidamente con la solución de un problema y no se dejaba influenciar por sus comentarios.

Sentado sobre una peña frente al monolito, examinaba éste y echaba vistazos a derecha e izquierda, como pretendiendo captar algo que flotaba en su cerebro, pero que no acertaba a definir...

Súbitamente, lanzó una exclamación y después de contar las rajass del lado izquierdo, se levantó y avanzando en línea recta desde el monolito marcando pasos uniformes, fué contando. Cuando llegó al número cincuenta, se detuvo. Acababa de tropezar con un

enorme peñascal que le impedía continuar el avance, a menos de dar un rodeo.

—Perfectamente —exclamó—, esto es una solución. Veamos si cuadra la otra.

Volvió al monolito en medio de la sorpresa de Regís y Kao, que seguían todos sus movimientos llenos de curiosidad, y empezó a contar de nuevo los pasos que iba dando. Al llegar al cincuenta y cinco, observó que se encontraba en el borde de la meseta y con gesto alegre dijo:

—Ya he aclarado una de las incógnitas.

—¿Ya sabe usted dónde está el tesoro? —preguntó Regis.

—No tan deprisa, querido. Sé que estas rayas indican pasos. Desde aquel peñasco al monolito, hay cincuenta justos, o sea tantos como rayas dibujadas en este lado, y de frente, hay cincuenta y cinco, coincidiendo también con el número de rayas de este lado. Por lo tanto, todo indica que la solución está en este conglomerado de piedras.

—Si tuviéramos dinamita las haríamos volar y así saldríamos de dudas rápidamente —afirmó Regis.

—O no. Estos chinos son muy ingeniosos y a lo mejor, al volar la piedra volábamos con ella el secreto de la entrada. No. Hay que apelar al ingenio, que es arma más segura y poderosa.

Regis, convencido de las razones aducidas, dijo:

—Bueno, en ese caso, todo está aclarado menos una cosa, que es tanto como haber perdido la llave para penetrar dentro.

—Sí, tienes razón, pero el ojo no se puede haber perdido. Tiene que estar ahí, como está todo lo demás. Lo necesario es ingeniarlo para descubrirlo.

Nuevamente, armándose de paciencia, se dedicaron a estudiar todos los dibujos del monolito, examinándoles pulgada a pulgada, pero al terminar el examen se encontraron como al empezar la primera vez.

—Es inútil, profesor —afirmó el criado—. Aquí no hay ojo alguno.

El chinito, con su aire de inocencia, replicó:

—Claro que hay. Dragón tiene ojos.

Karus lanzó una exclamación al oír la infantil réplica y contestó:

—¡Pues claro que hay ojos! ¡Qué burros hemos sido! Si el dragón tiene ojos, como dice Kao, hay ojo, y en ellos debemos reconcentrar todos nuestros esfuerzos.

Febrilmente manipularon en las órbitas del dragón, tratando de descubrir algún muelle o resorte oculto que les abriese el sésamo anhelado, pero sus esfuerzos fueron vanos, pues la piedra seguía inconmovible.

El profesor desesperado, sintiéndose fracasar cuando ya todo había quedado aclarado menos aquel último detalle, sacó su cuchillo y, como postrer recurso, lo introdujo en las cuencas talladas apretando con fuerza.

Al segundo intento, la punta del cuchillo se hundió suavemente hacia adentro y un chasquido leve, pero audible, fué captado por los tres.



...al segundo intento, la punta del cuchillo se hundió suave...

—¡Ya!... ¡Ya!... —exclamó nervioso Regís—. Algo ha sonado.

—Ya lo he oído, pero...

Regís, furioso, echó el peso de su cuerpo sobre la plana piedra central y al hacerlo observó que ésta cedía en forma de puerta, dejando al descubierto un hueco negro.

—¡Victoria! —exclamó el profesor con júbilo—. He aquí la cueva de Ali-Babá

, abierta a nuestra voluntad por la palabra mágica.

Con precaución se adentraron por el negro hueco, pero aquello estaba horriblemente oscuro y no se atrevían a seguir adelante por

temor a caer en alguna trampa ignorada.

—Hay que procurarse luz —advirtió Karus—. Entrar a ciegas sería una terrible imprudencia.

—¿Luz? —preguntó Regis sorprendido—. ¿No sé de dónde vamos a sacar ahora una linterna? Las que teníamos las perdimos.

—Pero podemos fabricarnos unos hachones con algunas ramas de pino. Por aquí hay algunos.

Con la pequeña hacha que Kao llevaba oculta debajo de su ropa, cortaron algunas gruesas ramas de pino, y aprovechando que aún les quedaban varios fósforos, las prendieron.

La tarde empezaba a declinar paulatinamente y en el contraste de un cielo azul frío, el rojo y amarillo de las ramas resinosas al arder daba un aspecto fantasmal a la meseta.

Levantando los improvisados hachones para evadir la acción del humo que les cegaba, penetraron en el interior del monolito, que presentaba una rampa violenta hacia abajo.

Del interior salía un vaho caliente y pesado que olía a moho. Aquel lugar debía llevar cientos de años cerrado y el aire que almacenaba se mostraba enrarecido y pesado. En línea recta descendieron hasta más de dos docenas de metros y al final, la rampa se cortaba para presentar los escurridizos tramos de una tosca escalera tallada en la roca de manera superficial.

Procurando no escurrirse por los desiguales escalones para no ir a rodar a un fondo ignorado, descendieron unos treinta tramos hasta hallarse de nuevo ante una rampa que seguía internándose hacia el corazón de la montaña, en sentido descendente.

—¡Peste! —exclamó Regis—. ¿Dónde diablos irá a concluir esto? Parece el viaje al centro de la tierra de Julio Verne.

—Si no tropezamos con algún obstáculo insuperable a última hora, nos podemos dar por conformes —aseguró Karus.

—Sería lo que nos faltase...

Por fin, la rampa dejó de descender para adquirir un sentido vertical y, algunos metros más al fondo, se cortó bruscamente ante un hueco de forma ojival formado por varias rocas superpuestas.

Una extraña claridad muy tenue surgía del interior sin permitirles distinguir lo que había dentro, pero era indudable que por algún lado se filtraba de modo directo o indirecto la luz

exterior.

—¿Cómo podrá ser esto? —murmuró Karus, extrañado—. Juraría que habíamos alcanzado el corazón del monte...

—Adelante y lo veremos —dijo Regis—. Tantas cosas raras hemos visto, que una más o menos no puede asombrarnos.

Decidido alzó la chispeante rama de pino y se metió por el agujero, seguido del profesor y de Kao.

Las tres ramas unidas adquirieron más vigor luminoso y a su amparo descubrieron una inmensa rotonda tallada en la roca viva, cuyo techo, en forma de cúpula, no bajaría de quince metros de altura.

Las paredes aparecían talladas por figuras monstruosas, pintadas de vivísimos colores, sobre los que rebotaba el fulgor de los improvisados hachones, haciéndoles brillar monstruosamente, y algunas delgadas columnas se elevaban para sostener en el aire arcos fantásticos de roca.

En el centro, se levantaba una especie de panteón de rico mármol tallado y tras éste emergía una delgadísima y bella columna que iba a morir en el centro de la bóveda.

Karus, asombrado, se adelantó hasta lo que creía un panteón y lanzó un rugido de alegría. No se trataba de un nicho funerario, sino de una enorme arqueta de plata repujada, que se erguía sobre un pedestal de mármol rojo.

—¡Por fin! ¡He aquí el tesoro de los lamas! —gritó—. ¡Hemos triunfado en toda la línea...!

Capítulo tercero

Descubiertos

WANG-CHENG, precedido del abad del monasterio, se internó por las galerías subterráneas, encaminándose al lugar donde había sido descubierto el Pachen-Lama privado de conocimiento. Quizá en otra ocasión el terrible jefe mogol hubiese fijado su mirada ansiosa en todo aquello que circunstancialmente se iba mostrando a sus ojos y que le estaba vedado a todo el que no ostentase un cargo dentro del monasterio, pero ahora, preocupado con sus terribles enemigos y con el afán de descubrir el tesoro y vengarse a la par de los que le habían escarnecido, sólo tenía un pensamiento: seguir las huellas de los audaces extranjeros y sorprenderlos antes de que fuese demasiado tarde.

Por fin, llegaron a la plataforma donde se abría la negra salida a la montaña, y el abad, señalando con la mano, dijo:

—Aquí encontré al Pachen y esa es la salida secreta.

Wang-Cheng se asomó a la pequeña plataforma y echó un vistazo desde ella. A la pálida luz de la luna, que rodaba sobre un cielo frío, descubrió abajo el valle pintado de plata y después de una duda regresó al interior preguntando:

—¿A qué lado de la montaña cae esta bajada?

—Al izquierdo.

—Bien, voy a intentar el descenso. Sal y di a mis hombres que bajen al valle y me busquen, o esperen hacia el sitio donde cae la bajada. He de emprender con ellos la búsqueda de esos miserables profanadores.

—Descuida que cumpliré tus órdenes, y ahora, que Buda proteja tus pasos y conserve tu vida para tan piadosa empresa.

Wang-Cheng, decidido, atacó la peligrosa bajada. Gracias a la luz de la luna no encontró obstáculos para hallar los disimulados escalones y media hora más tarde se encontraba al pie de la montaña.

Sus hombres aún no habían llegado. El camino que tenían que recorrer era más largo, y consumido por la impaciencia se entregó a la espera con no demasiada paciencia.

Con ansia infinita miraba al cielo, preguntándose cuánto tardaría en amanecer. Necesitaba la luz del sol para poder seguir una pista y aunque calculó que no tardaría mucho en amanecer, lo poco que faltaba le causaba ira. Por otra parte, sus secuaces se retrasaban en llegar. No acertaba a imaginarse las causas de aquel retraso, sobre todo sabiendo que era él quien esperaba y que la causa no podía ser más grave.

Empezaba a clarear en medio de la mayor cólera del mogol, cuando un tumulto de voces lejanas le anunció que por fin, sus hombres llegaban.

Wang-Cheng, furioso, se disponía a descargar su ira sobre los primeros que apareciesen, pero no tuvo tiempo. El que aparecía al frente de un grupo de veinte hombres, se adelantó gritando:

—¡Gran Jefe, malas noticias! Lin se ha presentado en el monasterio, buscándoos, para deciros que los presos se han escapado, después de dar muerte a los dos vigilantes que les habían puesto.

Wang-Cheng lanzó un rugido de cólera al oír la noticia y con los ojos inyectados en sangre, gritó:

—¿Dónde está Lin?

Un mogol bajito, pero recio, con la cara cubierta de cicatrices, avanzó medroso, advirtiéndole antes de llegar ante el Gran Jefe:

—Wang-Cheng, no puedes castigarme por una culpa que no es mía. Yo no vigilaba a los presos. Se los entregaste a los lamas y

éstos los habían enterrado en una dependencia próxima al monasterio... Fen y dos lamas eran los encargados de guardarles, pero lograron sorprender al que les llevaba el alimento y escaparon, matando a los dos Lamas e hiriendo mortalmente a Fen. Encontré a éste moribundo en la senda de la montaña y tuvo tiempo de contarme lo sucedido antes de morir.

Wang-Cheng, que había desenvainado su agudo cuchillo, volvió a guardarlo en la funda y, tras un momento de vacilación, gritó:

—Bien, hay algo más grave de que ocuparnos ahora. Ya les encontraremos más adelante... ¡Vamos! Necesito localizar las huellas de esos dos viles extranjeros que se están burlando de nosotros. Se han escapado por aquí desde lo alto de la montaña y tienen que haber buscado refugio en algún sitio no muy lejano. Cien yens a cada uno si son localizados antes de que tengan tiempo a huir, o cien latigazos en las espaldas si no los localizáis.

Uno de los mogoles, experto en seguir huellas, se destacó del grupo y, acercándose a Wang-Cheng, dijo:

—Permíteme que busque... Acaso yo pueda encontrar el rastro.

Examinó atentamente la tierra húmeda por la helada de la noche y señalando, por fin, con la mano determinado paraje, afirmó:

—Aquí encuentro huellas de pies. Debemos seguirlas.

Precedido de Wang-Cheng rastrearon el suelo y siguieron las débiles huellas, que para el mogol eran un indicio suficiente para no desorientarse.

Lentamente fueron acercándose al lugar donde los tres aventureros habían acampado escondiendo sus ropas. Allí las huellas eran más profundas y no sólo descubrieron sus huellas, sino que también encontraron los trajes de los lamas escondidos entre las peñas.

Wang Cheng, después de examinar las vestiduras, exclamó:

—¿A quién podrán pertenecer? Es indudable que para apropiárselas han tenido que asesinar a los lamas propietarios. Registrar por las inmediaciones a ver si descubris los cadáveres.

Los secuaces del Gran Jefe rastrearon minuciosamente todo el terreno en media milla a la redonda, hasta descubrir a los tres monjes atados a los árboles y desfallecidos de hambre y de frío.

Wang-Cheng, después de dar orden de trasladarles a la «torre de

oraciones» de donde habían sido sacados, añadió:

—Ahora hay que seguirles la pista. No pueden andar muy lejos de estos alrededores.

Después de un profundo examen del terreno volvieron a localizar el paso de Karus y sus amigos, y como perros en pos de la pieza así caminaron siguiendo la pista.

Ésta se dirigía hacia las montañas y cuando, por fin, llegaron a las primeras estribaciones, uno de los chinos alcanzó una eminencia desde la que oteó el paisaje.

Sus agudos ojos descubrieron, a lo lejos, las ingentes siluetas de «los tres gemelos» y, gateando por la falda, como cabras monteses, las siluetas de Karus, Regis y Kao.

Apresuradamente descendió de su observatorio y acercándose a Wang-Cheng exclamó muy excitado:

—Venid, Gran Jefe... Veo algo por la falda de uno de los picachos lejanos, que sólo pueden ser los que andas buscando.

Wang-Cheng se apresuró a ascender a la loma, desde la que atalayó el monte. En efecto, las figuras de los tres aventureros, próximos a llegar a la cima, eran perfectamente visibles a pesar de la distancia.

El terrible mongol, rugiendo de alegría, dió una orden:



El terrible mogol, rugiendo de alegría, dió una orden...

—¡Pronto! A seguir sus huellas. Debemos alcanzarles antes que pasen al otro lado si no es que...

No completó mi pensamiento, pero por la mueca terrible que se dibujó en su rostro se adivinaba que había sospechado que el escalo del monte por sus enemigos poseía una finalidad más interesante que la de buscar la huida de forma tan incómoda.

Rápidamente volvió a organizarse la caravana y el pequeño grupo compuesto de unos veinticinco hombres se lanzó tras las huellas de los perseguidos, que esta vez no pudrían burlar el acoso.

Cuando tras una caminata fatigosa llegaron a la falda del monte, ya no lograron divisar a Karus y sus amigos. Éstos les llevaban una buena delantera y en aquellos momentos se encontraban dentro de la cueva del tesoro, bien ajenos al peligro que les amenazaba.

Cuando casi vencida la tarde alcanzaron la planicie, quedaron desencantados al no descubrir en ella ni a los fugitivos ni nada que denunciase la posibilidad de albergar el tesoro, pero uno de los guías, al acercarse al monolito, descubrió abierta la entrada y haciendo una seña imperiosa para que nadie hablase, indicó con la mano su descubrimiento.

Wang-Cheng avanzó con precaución, llevando en la mano su agudo cuchillo, y echó un vistazo a través del negro hueco. Nada se percibía dentro de él, pero no cabía duda que los fugitivos se hallaban en su interior.

Reunió a sus hombres con un gesto y en voz baja ordenó:

—Arrastrarse como sapos, sin hacer ruido, hasta alcanzarlos. No olvidéis que son gente decidida y que van armados de revólveres que nosotros no hemos traído. Hay que sorprenderles y caer sobre ellos antes de que tengan tiempo de hacer uso de tales armas.

Dando el ejemplo se internó por la galería a ciegas. No se atrevía a ordenar encender fuego para no denunciar su presencia.

Y así, paso a paso, tanteando el terreno para no caer en una emboscada o denunciar su presencia antes de tiempo, consiguieron avanzar lentamente, hasta alcanzar el ojival agujero que daba entrada a la cámara del tesoro.

Por la negra abertura se escapaba el resplandor de los improvisados hachones de los temerarios aventureros y esta claridad sirvió a Wang-Cheng para localizarles y poder disponer el ataque con toda clase de garantías.

Cuando lo estimó oportuno y previo señalamiento a cada uno de sus hombres de lo que debía hacer, murmuró:

—¡Ahora!

Y avanzando el primero, impetuosamente penetraron en el interior de la caverna como lobos hambrientos, lanzándose en

tromba sobre los descuidados buscadores del tesoro.

Karus y sus compañeros, ajenos al terrible peligro que corrían, se mostraban asombradísimos de cuanto se desarrollaba a sus ojos.

Aquella caverna no era obra de la naturaleza. Se podía afirmar, al observar su estructura redonda y abovedada, los arcos, toscos, pero simétricos, que se apoyaban en los delgados basamentos de roca, en la columna central, finísima, pero bien labrada y que daba la sensación de soportar todo el peso que gravitaba en el centro de la caverna y, sobre todo, en aquellos ventanales ovalados que circundaban toda la estancia y por los que se filtraba una luz opaca y verdosa.

Regis, señalándoles, preguntó:

—¿Quiere usted decirme a dónde diablos pueden dar esos ventanales y por qué entra esa luz tan rara por ellos?

Karus, después de un atento examen, afirmó:

—Está explicado, Regis. Esta caverna está construida debajo del lago que hemos visto en la explanada. Él agua, contenida por esos recios cristales, recibe la luz de lo alto y deja llegar aquí un poco a través de la masa de agua.

—¡Es formidable! —Aseguró el criado con asombro—. ¡Lo que habrán tenido que trabajar e ingeniarse para poder socavar la roca y contener el agua hasta poner los cristales sin que se produjese la inundación!

—Los chinos son hábiles, pacientes e ingeniosos. Si gozasen una civilización más adelantada, serían los más formidables enemigos de Europa.

Pero como lo que a ellos les interesaba era el tesoro, los tres, llenos de emoción, se acercaron al artístico túmulo que debía ser el que encerraba en su seno aquellas soñadas maravillas.

Pronto descubrieron que lo que a primera vista habían tomado por un sarcófago era una bella arqueta de plata, de un metro de altura por dos de largo y metro y medio de ancho. Descansaba empotrada en un alvéolo de mármol de tonos rojizos y estaba

cincelada con un arte y una paciencia que decía mucho en honor del arte oriental.

La tapa, un poco ovalada, poseía como remate una figurilla de oro macizo, representando a un Dalai-Lama en traje de ceremonia, y los relieves se referían todos a escenas propias del lamaísmo.

Por detrás de la arqueta surgía la delgada y esbelta columna tallada en un trozo de roca y parecía arrancar del basamento donde se hallaba empotrado el cofre.

A los lados, como un tema decorativo, se alzaban unos pequeños pedestales, soportando en el remate cuatro estatuas de Buda, una de oro, otra de plata, otra de jade verde y otra de mármol.

Realmente, aquello, por sí solo, constituía un tesoro de arte y Karus pensaba en lo que podría lucir arrancado de allí y transportado a un museo de Londres. Regis, por su parte, examinaba atentamente la tapa del cofre buscando la forma de abrirlo, pero, por más vueltas que le daba, no encontraba resquicio alguno que facilitara la abertura.

—Me parece que hemos tropezado con el hueso final, profesor —dije—. Si aquí falla nuestro ingenio, de nada nos va a servir haber descubierto el tesoro si no hay forma de extraerle de su encierro.

Karus procedió por su parte al examen del cofre, pero sacó la misma desilusionadora impresión que su criado.

—Pues esto no está aquí de simple adorno —afirmó—. No cabe duda que el tesoro se encierra aquí. Debe haber algún resorte que lo abra y debemos encontrarlo.

Cada cual por su lado se dedicó a examinar con calma y atención el arca, tanteando todos sus dibujos y relieves, moviendo o tratando de mover las estatuillas que adornaban los cuatro ángulos, tirando del busto del Dalai-Lama que remataba la tapa y cuidando de no dejar nada por examinar.

Se hallaban ensimismados en esta penosa tarea, vueltos de espalda a la entrada de la caverna, cuando Kao, que era el que poseía el oído más aguzado, se envaró y volvió la cabeza echando un vistazo hacia atrás.

Un grito se escapó de su garganta, al tiempo que trataba de sacar su revólver, oculto en uno de los bolsillos de su zamarra.

—¡Cuidado, profesor, enemigos entran!

Taurus y Regis se volvieron nerviosamente tratando a su vez de requerir sus armas, pero cuando lo intentaron ya era tarde. Como una trompa se habían lanzado sobre ellos sus enemigos y se vieron envueltos en una masa de brazos que pugnaban por aferrarlos.

La sorpresa paralizó momentáneamente los movimientos de Karus y Regis. Acababan de reconocer entre los asaltantes a Wang-Cheng, y el asombro de hallarle allí, cuando le creían muerto en el fondo de la torrentera, les perdió.

—¡Maldición! —rugió el criado—. ¡A este sapo venenoso no hay quien le elimine de la tierra!

Como una fiera trató de ensanchar el círculo que se había formado en torno a él, lanzando terribles puñetazos a derecha e izquierda, pero la masa mayor y la más forzuda se había concentrado contra él y aunque logró estropear algún rostro y poner fuera de combate a dos o tres de sus atacantes, pronto se vió reducido a la impotencia ante aquel alud de enemigos, que le derribaron al suelo hasta imposibilitarle la respiración.

Karus por su parte, se había lanzado sobre el terrible jefe mogul que dirigía el grupo de sus enemigos y le llegó a colocar un soberbio directo en el mentón, pero alguien consiguió administrarle un golpe en el cráneo con el mango de un pesado cuchillo y aprovechando el atontamiento que el porrazo le produjo, fué maniatado rápidamente, sin consentirle una mayor defensa.

En cuanto al chinito, débil de fuerzas, poco tardó en sucumbir al ataque y minutos después los tres yacían en la dura roca, reciamente maniatados y a merced de la venganza del sanguinario jefe de «El dragón de fuego».

Éste, rascándose la parte dolorida, rugió:

—¡Por fin habéis caído en mis manos y esta vez para siempre! Mucho tenía que vengar en vosotros, pero la suerte ha sido mi mayor aliada. Lo lograré precisamente cuando ibais a apropiaros del tesoro, al que me habéis conducido estúpidamente.

Luego, encarándose con Regis, añadió con acento sarcástico:

—No me esperabas aquí, ¿verdad? Creías haberme dejado para siempre en el fondo de aquella maldita torrentera, sin adivinar que yo soy inmortal. Te debo aquel mal rato y te lo pagaré con creces. Me llevaré el tesoro que a costa de tantos peligros habéis logrado

descubrir y luego... os haré morir de la forma más cruel y refinada que haya memoria en toda China.

—Claro —rugió Regis—. Eso es muy propio de un chacal venenoso como tú. Te falta sangre en esas venas de rana icterica para pelear con un hombre de igual a igual y prefieres deshacerte de tus enemigos valiéndote de la masa de sapos asesinos que te obedecen. ¡Eres un cobarde!

—¡Bien! —rió sarcástico el mogol—. Desahógate como quieras, me es igual. Con eso no vas a evitar el suplicio y ya veré si a la hora de sufrirlo eres tan valiente como te muestras ahora lanzando insultos.

Con los ojos brillantes por la fiebre del deseo, se acercó a la arqueta y echándole un vistazo rio:

—¡Con que éste ese el tesoro de los lamas! ¡Bonito lugar para esconderle y guardárselo a Wang-Cheng tantos miles de años! Tendré que dar las gracias a los monjes amarillos por el presente que me han reservado.

Se acercó más y después de examinar el arca en medio de la expectación de sus hombres, que seguían sus movimientos con nerviosismo, se volvió hacia Karus diciendo:

—¿Cómo se abre este maldito cofre?

Karus, a pesar de la inquietud que le dominaba, comprendió la rabia del mogol al observar el arca cerrada, y comentó irónico:

—Tú, que todo lo puedes, lo sabrás. Nosotros no hemos podido hacer más que señalarte el lugar donde se encuentra.

—¡Mientes! —rugió el mogol—. ¡Vosotros conocéis el secreto para abrirlo y o me lo descubris, u os juro que os desharé aquí mismo con mis propias manos!

Regis, para irritarle, clamó:

—Mejor, sapo coletudo. Así nos evitaremos ese precioso tormento que nos preparas. Podrás matarnos, pero no podrás abrir esa encantada arca con nuestras indicaciones.

Wang-Cheng, lívido de coraje, desenvainó el cuchillo y acercándose a Regis le colocó la aguda punta en el cuello rugiendo:

—¡Habla, maldito diablo extranjero! ¡Habla o te rebanaré el cuello sin compasión!

Regis comprendió que mientras el mogol no viese el arca abierta

no se decidiría a matarles y le retó:

—¿No te digo que prefiero que lo hagas así? Es mejor morir de una vez, que lentamente.

Wang-Cheng encajó las razones del inglés y retirando el arma, bien a pesar suyo, gruñó:

—Bien, ya encontraré el modo de haceros hablar más fuerte, que es vuestro deseo. Intentaré abrir el arca, y si no lo consigo ahora, nadie podrá evitar que me la lleve de aquí y la haga volar con dinamita. Es más cómodo y rápido y vosotros no os gozaréis con mi impaciencia.

Dando media vuelta se acercó al cofre ordenando:

—¡Todos a mí! ¡Hay que abrir esa tapa sea como sea!

Frenéticamente, sus secuaces se dedicaron a buscar resortes y muelles que diesen la solución al problema. Como buenos chinos, conocían mil tretas y recursos ajenos a la comprensión de los europeos y los empleaban azuzados por su jefe, pero esta vez sus esfuerzos resultaban vanos, pues el arca, como si se tratase de un único y macizo bloque, se resistía a todo intento de apertura.

Wang-Cheng, furioso, apartó a sus hombres con los ojos inyectados en sangre y abrazándose al cofre gritó:

—¡Ábrete, maldito! ¡Ábrete, o yo, con mis solas fuerzas, te arrancaré de ese lugar!

Capítulo cuarto

La hecatombe

WANG-CHENG, en su ansia de atrapar a Karus y sus amigos y vengarse de ellos, había olvidado completamente a los prisioneros que había traído para ofrecérselos en sacrificio al «Jalno». Cuando le dieron cuenta de su fuga, estimó que era más perentorio salir tras el tesoro y relegó a segundo lugar ocuparse de su presa.

Este desprecio a la fuerza de sus otros enemigos podía serle fatal, pues los sectarios de «El loto azul» eran hombres duros y vengativos, tan peligrosos como los que pertenecían a «El dragón de fuego».

Así, cuando en un poderoso esfuerzo decidieron jugarse el todo por el todo intentando la fuga antes de verse en manos del feroz verdugo del monasterio, el empeño cuajo con fortuna y tras eliminar a sus guardianes, desaparecieron del monasterio, ocultándose por las quebradas y recovecos de la inmensa peña, en espera de una ocasión propicia para huir de allí e informar a sus compañeros de todo lo sucedido emprendiendo la persecución de su odiado rival.

Ocultos en su guarida, descubrieron a Wang-Cheng y a sus hombres separándose de la montaña para correr en busca de Karus y sus amigos, y al observar que el grupo no lo componían arriba de

dos docenas de hombres, decidieron seguirles con la esperanza de sorprenderles y adueñarse de la persona del Gran Jefe de «El dragón de fuego».

Ocultándose en las depresiones del terreno, les siguieron tenazmente, extrañados de la dirección que tomaban y así, cuando les descubrieron ascendiendo por la montaña en pos de las huellas de los tres aventureros, acordaron no perderles de vista, intrigados por aquella extraña dirección tomada.

Al igual que le sucedió a Wang-Cheng cuando llegó a la explanada, tampoco ellos descubrieron rastro alguno de su enemigo y ya daban por descontado que habrían descendido por la ladera contraria, cuando uno de ellos descubrió la entrada al monolito y, llenos de curiosidad, se aventuraron por aquel negro agujero, preguntándose qué habría allí dentro y qué buscaría en él jefe de «El dragón de fuego».

Como lagartos se deslizaron por la galería hasta tropezar con la pila escalera y más tarde con el pasadizo que conducía al interior de la gruta, y a través de ésta pudieron distinguir el resplandor de los improvisados hachones y a Wang-Cheng, ayudado por sus hombres, tratando de abrir aquella pesada arca, cuya sola presencia bastó para revelarles el motivo de la visita del terrible Wang-Cheng.

Antes de seguir adelante, se consultaron en voz baja lo que debían hacer. Eran menores en número y sólo poseían tres cuchillos, que se habían apropiado desarmando a sus guardianes, pero contaban con el efecto de la sorpresa. Los que poseían armas podían caer sobre los primeros enemigos que tropezasen al avanzar y suprimirlos, dejando a sus compañeros la tarea de apropiarse de sus cuchillos y engrosar el grupo acometedor.

Hombres bravos, no vacilaron en dar la batalla, aunque con desventaja y aprovechando la distracción de sus contrarios, se lanzaron al ataque sin una duda.

Wang-Cheng, sin preocuparse de sus prisioneros, a los que creía bien seguro, se esforzaba en encontrar la forma de abrir aquel

maldito cofre que se oponía a satisfacer sus vesánicos deseos de riqueza, y sus hombres, contagiados de su nerviosismo, secundaban su esfuerzo sin volver la vista atrás, dedicados en cuerpo y alma a hallar el misterioso resorte que tanto se ocultaba a sus investigaciones.

Karus, Regis y Kao, habían sido arrojados al suelo de la caverna, apoyados contra una de las paredes y los tres, preocupados con la terrible situación en que se encontraban, sin esperanza alguna de recibir ayuda, trataban de sustraerse al pánico para no demostrar flaqueza ante su terrible enemigo.

De repente, Kao, que había abarcado la situación con sus ojillos vivos y menudos, apoyó la boca en el oído del profesor y susurró:

—Profesor, en manga de zamarra tengo pequeño cuchillo. Si honorable señor puede sacar, cortaríamos ligaduras.

Karus estimó que la proposición era impracticable. Tenían las manos agarrotadas a la espalda y le parecía imposible ejecutar tal maniobra.

Pero como cualquier posibilidad, por descabellada que fuese, era una esperanza, murmuró:

—Vuélvete y procuraré sacarlo. Dudo que sea posible, pero probaré.

Kao arrimó sus brazos a los del profesor, uniendo sus espaldas, y Karus, a costa de ímprobos esfuerzos, consiguió extraer el cuchillo, que logró sujetar entre los dedos de las dos atadas manos.

—Temo no poderlo usar —murmuró desesperado—. Te cortaré las manos en vez de las ligaduras.

—No importa. Kao callará... Corte como pueda.

Karus, en una maniobra extraña, empezó a hacer esfuerzos inauditos para cortar las ligaduras del chino. De vez en vez el agudo cuchillo se clavaba en las carnes de Kao, de las que saltaba la sangre, pero el muchacho, callado y sufrido, aguantaba estoico, observando que las cuerdas empezaban a ceder.

Por fin se vió libre de sus ligaduras y arrebatando el cuchillo de manos del profesor, le libró de aquel tormento de un solo tajo.

Tan en silencio habían ejecutado la maniobra, que Regis no se había dado cuenta de ella y solamente cuando Karus se inclinó a él suplicando silencio, comprendió que algo tramaban en lo que esta

vez él no tenía parte.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz baja.

—Estate quieto. Nos hemos cortado las ligaduras y voy a librarte de las tuyas.

Regís, asombrado, le dejó hacer y cuando vió sus manos libres, respiró como si le hubiesen quitado de encima del pecho aquel codiciado cofre con todo lo que debía contener.

Con rapidez y disimulo se libraron también de las ataduras que atenazaban sus pies y cuando se notaron en libertad de movimientos, Regís preguntó:

—¿Cuál es su idea ahora, profesor? ¿Nos lanzamos sobre esos sapos o emprendemos la huida?



—¿Cuál es su idea ahora, profesor?

—Son muchos y están bien armados, mientras nosotros sólo poseemos un cuchillo y los pequeños puñalitos de nuestras cotas, lo

mejor será aprovechar el momento más propicio para echar a correr. No estimo que el plan sea una maravilla, e incluso puede salirnos mal, pero como de todas formas nuestra situación es desesperada, cualquier intento es bueno si logramos llevarlo a la práctica.

—En ese caso, vamos a correremos poco a poco para acercarnos cuanto sea posible a la salida. Quizá si somos veloces y ganamos la explanada, logremos cerrar la entrada del monolito y dejarlos dentro.

Suavemente, de una manera difícil de distinguir a simple vista, fueron despegándose del lugar donde estaban para acercarse a la salida, y como Wang-Cheng, cada vez más furioso, solo tenía ojos y sentidos para preocuparse del arcón, nadie se dió cuenta de esta sutil maniobra.

Se encontraban ya en sitio conveniente para intentar la fuga, cuando varias sombras avanzaron sigilosamente por la entrada de la caverna y Karus, aferrando de un brazo a Regis que iba a levantarse, le detuvo intrigado.

No esperaban ayuda de nadie, pero la forma solapada en que los visitantes se presentaban, le dala a entender que si no se trataba de amigos suyos, tampoco lo debían ser del odiado mogol.

Pegándose a la pared para pasar desapercibidos de los visitantes, esperaron con el corazón oprimido por la angustia. Las sombras avanzaban tales e iban ganando terreno lentamente.

De modo súbito, se lanzaron sobre los sectarios de «El dragón de fuego», y éstos, sorprendidos, emitieron un terrible grito de alarma y se revolvieron furiosamente, dispuestos a hacer cara al peligro.

Karus juzgó que aquélla era la ocasión más propicia y levantándose murmuró:

—¡Adelante; ahora o nunca!

Y aprovechando la confusión del momento, se abalanzaron como un meteoro hacia la salida, mientras los dos bandos, al chocar entre sí, producían una algarabía de muerte.

Los asaltantes habían calculado mal sus fuerzas y las de sus enemigos. Éstos, pasado el primer momento de estupor, se revolvieron, haciendo cara a los visitantes y una terrible pelea de carácter desigual se entabló entre ellos.

Los tres primeros, gozando de la ventaja de la sorpresa, habían conseguido abatir a las tres víctimas elegidas que cayeron al suelo bañadas en sangre, sin tiempo a defenderse, y mientras sus compañeros trataban de recogerles las armas, se habían arrojado sobre otros tres entablado con ellos un duelo feroz.

Alguno pudo hacerse con un cuchillo de un caído, pero no todos. Los sectarios de Wang-Cheng, lanzándose sobre ellos cuando se inclinaban junto con los caídos, les clavaron los cuchillos por la espalda antes de que tuvieran tiempo de armarse.

La batalla se generalizó. Tres forzudos miembros de «El loto azul» hicieron frente a Wang-Cheng, tratando de eliminarle por el número, pero el atlético mogol, con el cuchillo en la mano, pudo esquivar el ataque y aunque recibió algunos golpes contundentes, logró deshacerse, tras violentos esfuerzos, de sus enemigos.

Poco a poco éstos iban cayendo en la desigual lucha. Algunos habían tratado de huir, pero sus contrarios les habían cerrado el paso y se veían forzados a continuar la lucha, aunque sin esperanzas de éxito.

Más de diez minutos tardó en resolverse aquella pugna sangrienta y cuando, al fin, quedó resuelta, el interior de la caverna parecía un campo de batalla.

Todos los sectarios de «El loto azul» yacían en tierra, muertos a manos de sus enemigos, y de éstos también habían muerto más de la mitad y algunos otros se revolvían sobre la dura peña lanzando agudos gritos de agonía.

Wang-Cheng, con los ojos inyectados en sangre y el puñal esgrimido con mano convulsa, rio sarcásticamente al contemplar aquel horroroso cuadro y gritó entre risas histéricas:

—¿No hay nadie más que ose disputarme la posesión del tesoro de los lamas? Que vengan si se creen capaces de arrebatármelo de las manos y sufrirán la misma suerte. «El dragón de fuego» es invencible, porque yo, su jefe, soy el más poderoso de toda China.

Giró los ojos alrededor suyo buscando a sus prisioneros para decirles algo y al observar que habían desaparecido, lanzó un rugido de cólera infinita, aullando:

—¡Maldición! ¿Dónde están esos demonios de extranjeros?... ¡Se han escapado!...

Como loco pateó el piso, agitando peligrosamente los brazos, lanzando tajos en el aire como si peleara contra algún fantasma. Estaba poseído del demonio de la locura y sus nervios, sin control se habían desatado peligrosamente.

Uno de los pocos hombres que quedaban en pie preguntó medrosamente:

—¿Salimos en su busca, Gran Jefe?

El mogul iba a decir que sí, pero al posar sus ojos sobre el cofre, otra vez se exacerbó en él la codicia y gritó furioso:

—¡No! ¡Primero el tesoro! ¡Necesito abrir ese cofre maldito! ¡Lo necesito sobre todas las cosas! ¡Pronto! ¡Ayudadme a abrirlo como sea y si no se puede... hay que arrancarle de ese maldito pedestal y hacerle rodar por la montaña!

Furioso trató de buscar una juntura por donde introducir el puñal, haciéndole saltar en el intento, mientras sus hombres, con idéntico resultado, quebraban sus armas sobre la labrada plata del arca.

Fuera de sí, desgarrando su túnica para dejar más libertad de movimiento a sus brazos, se aferró al cofre, ordenando:

—¡Tirad! ¡Tirad, malditos... hijos del tiburón ¡Arrancarle de aquí u os arrancaré yo el corazón si no lo lográis!

Ocho hombres y él, desarrollando toda la fuerza de que eran capaces, empezaron a empujar el cofre. Éste, a pesar de su volumen y posiblemente de su peso, dió señales de oscilar y Wang-Cheng, loco de alegría al observar que se movía, duplicó sus esfuerzos gritando:

—¡Más, más, lobos rabiosos!... Otro esfuerzo y...

No pudo decir más. Al mover el cofre había movido también la piedra sobre la que descansaba y al mover ésta la débil columna que arrancaba de ella se tronchó. Entonces, todo el techo de la caverna, como desgarrado por manos invisibles, se agrietó, desplomándose sobre el interior de la gruta. Los cristales de las claraboyas que contenían al agua del lago se rajaron, dejando paso al líquido elemento y éste se precipitó detrás de los fragmentos de la nave, produciéndose un horrible cataclismo.

Cuando Wang-Cheng y sus secuaces quisieron darse cuenta de la tragedia y huir, era ya tarde. Todo el peso de la roca, mezclado con

el agua, cayó sobre ellos, sepultándoles.

Pronto el agua del lago, después de inundar la caverna, buscó la natural salida y, tras anegar las galerías y rebasar la escalera, alcanzó la entrada, desbordándose por la explanada en busca del declive del monte, al tiempo que sordas explosiones conmovían el picacho y éste, como si hubiesen colocado en sus entrañas potentes barrenos, se agrietaba, se partía y fraccionaba en pedazos que la catarata del lago roto desbordaba, arrojando todo por las laderas hacia el llano.

Los ламas sabían hacer bien las cosas. Hasta el último momento habían sabido proteger su tesoro contra toda profanación y ahora ya nadie sería capaz de rescatar aquel tesoro que se había sumido en las entrañas de la tierra...

Entre tanto, el profesor, Regis y el chinito, aprovechando aquella oportunidad salvadora que el destino les había deparado, alcanzaron la salida y, suicidamente, sin reparar en el peligro, seguros de que no tardando mucho sus enemigos correrían tras ellos, se habían lanzado montaña abajo, expuestos a despeñarse por ella en aquella loca y accidentada carrera.

La noche clara y lunar fué un magnífico aliado suyo. A su fría luz podían distinguir los obstáculos naturales que presentaba el terreno y gracias a ella consiguieron distanciarse de la cima, poniendo una respetable distancia entre ellos y sus enemigos.

Pero, súbitamente, cuando se encontraban ya casi al final de la aguda cuesta, el monte tembló como si en sus entrañas hubiese estallado un volcán, torrentes de agua empezaron a descender por las grietas y fragmentos de peñascos volaban o rodaban por las laderas, amenazando con alcanzarles en su loca huida.

—¡Dios de Dios! —exclamó el profesor horrorizado ante aquella hecatombe—. ¿Qué habrá sucedido allá arriba?

—¡Ha explotado el monte! —clamó Regis, tan aterrado como él—. ¡Corramos o moriremos entre sus despojos!

Como locos alcanzaron el llano y, corriendo con todos los

alientos que pudieron reunir, se alejaron del fatídico monte, buscando unas alturas que les protegiesen de la inundación.

Ya a salvo, se quedaron contemplando la horrible catástrofe.

El monte era una catarata por el que se desbordaba el agua del lago arrastrando cuanto hallaba a su paso.

—¡Qué catástrofe! —murmuró el profesor—. El lago se ha roto y sus aguas han debido inundar la caverna sepultando a cuantos quedaban en ella. Dios ha sido justiciero y nos ha proporcionado la ocasión única de salvarnos.

—Sí —exclamó tristemente Regis— pero el tesoro...

—Dejémosle, Regis. Esto ya no tiene solución. Quizá de no haber sucedido esto, jamás hubiese venido a parar a nuestras manos. Procedía de la rapiña y del expolio, y Dios, con su infinita justicia, ha dispuesto que no lo disfrutase nadie. Acatemos su suprema voluntad y démosle fervorosas gracias por habernos salvado.

—¿Y ahora, ¿qué? —preguntó Regis desalentado.

Ahora, a emprender la huida lo más rápidamente que nos sea posible. Esta catástrofe ha tenido que ser descubierta desde Lhasa y pronto se conocerá las causas y emprenderán nuestra persecución. Marchemos de aquí y busquemos la ruta más fácil para abandonar el Tíbet.

Capítulo quinto

El final de una audaz aventura

LOS tres, abrumados por el peso de la catástrofe y el relativo fracaso de su aventura, se alejaron de allí a paso lento. Tras ellos, quedaba la montaña desgajada y el lago volcándose hacia la llanura, asolando cuanto encontraba a su paso para dejar huella indeleble de la trágica jornada y tan fatal podía haberles sido.

En Lhasa, causó una viva conmoción el suceso. Pronto se supo el audaz ataque al Pachén Lama y el robo del anillo, así como otros detalles que acusaban la presencia de los tres audaces extranjeros, y como lobos, organizaron sendas expediciones que debían perseguir a los profanadores a través de las montañas del Tíbet, hasta darles alcance y rescatar la joya sagrada castigando tan brutal osadía.

Pronto Karus se dió cuenta de la situación. Algún grupo aislado de tibetanos habían hecho acto de presencia por las lomas que iban dejando a su espalda y no tardarían en sentir todo el peso de la feroz persecución.

Faltos de armas —pues solamente conservaban los pequeños cuchillos— y a pie por aquellos lugares tan broncos, no tardarían en caer en manos de sus crueles enemigos y si querían evitarse tal fin y

poder ganar con facilidad más o menos problemática la salida de la región necesitaban proveerse cuando menos de caballos para hacer menos fatigosa la retirada.

Cerca del anochecer, rendidos y hambrientos, se detuvieron en una barranca y Regís, dejándose caer en tierra abatido, murmuró:

—Creo que ya nada queda por hacer. Confieso que estoy desalentado y que todo me da ya lo mismo.

Karus, reaccionando, replicó:

—A mí, no. Hemos triunfado en lo más y debemos triunfar en lo menos. Con un poco de suerte y de audacia, podemos ganar, aunque a costa de algunas fatigas, el camino del Indostán. Conozco un poco la ruta, pues llegué por la India hasta las fronteras del Tíbet y voy a intentar la hazaña. Sólo necesito caballos y algún arma para procurarnos caza.

—¿Por qué no pide usted también un cuarto de baño? —preguntó irónico Regís—. No sé dónde vamos a procurarnos esas pequeñeces.

Kao, que había quedado vigilando en una pequeña altura temiendo una sorpresa, descendió apresuradamente diciendo:

—Honorable señor. Veo jinetes que cruzan pequeño desfiladero allá abajo. Vea y suba.

Los tres ascendieron a la colina y desde ella, divisaron cuatro jinetes tibetanos armados de carabinas, que cruzaban un estrecho desfiladero para alcanzar la curva de montaña donde ellos se habían refugiado.

Regís, que examinaba con profunda atención el camino, tocó con la mano el codo del profesor y preguntó:

—Cree usted que nos han visto?

—No, pero nos buscan.

—Pues es preciso denunciar nuestra presencia aquí, de forma indirecta. Kao... apresúrate a encender un poco de fuego en esta meseta.

—¿Estás loco? —preguntó el profesor.

—No. El fuego denunciará nuestra presencia y esos cuatro esbirros se apresurarán a buscar el camino que conduce hasta aquí. Como observará, tienen que bordear la colina para encontrar la ladera y cuando la bordeen por debajo de nosotros, estos regulares

peñascos, dejado caer con precisión sobre el grupo, harán el efecto de ametralladoras. Tengo la seguridad de poderlos eliminar y apropiarnos los caballos y las armas.

Karus, radiante de alegría, pues consideraba el plan muy realizable, exclamó:

—¿Ves cómo nunca se debe desesperar? Todo tiene arreglo en el mundo. Vamos a preparar los proyectiles.

Mientras el chinito encendía el fuego, Karus y su criado recogieron hasta dos docenas de gruesos peñascos que amontonaron al borde de la pequeña meseta y tumbados en él, esperaron el resultado de su añagaza.

En efecto, los cuatro tibetanos no tardaron en descubrir el resplandor de la hoguera y atraídos por ella se dirigieron en silencio hacia la colina, bordeándola para alcanzar por el lado contrario la subida.

Forzosamente se veían obligados a cruzar un estrecho paso, pues el montículo se separaba de otro vecino por una senda de dos metros de anchura y cuando agrupados, procurando no producir ruido, se hallaban a mitad del tortuoso pasillo, una lluvia de mortales peñascos caídos a plomo sobre ellos les advirtió que habían caído en una horrible emboscada.

Cuando quisieron darse cuenta y evadir el peligro, era demasiado tarde. Alcanzados por aquellos mortíferos proyectiles, tres habían caído a tierra magullados y el cuarto, mal herido, pudo escapar del ataque a uña de caballo, alejándose precipitadamente de allí.

Karus y sus compañeros se apresuraron a descender al pasillo, donde hallaron a los tibetanos muertos. Los caballos, asustados, se habían alejado por los barrancos y les costó bastante trabajo hacerse con ellos, pero por fin, les capturaron con toda la impedimenta que portaban.

En los morrales colgados de la silla, encontraron los sacos con los proyectiles para las carabinas, y algunas provisiones de carne de yak, pipas, algo de tabaco y sal.

—Ya tenemos lo que usted tanto anhelaba, profesor —dijo Regis—. ¿Cuál es ahora su plan?

—El único posible. ¿Ves ese conglomerado de montañas? Son las

de Dallas, ásperas y duras, pero accesibles. Si logramos coronar su nevado pico, descenderemos a la vertiente opuesto y dirigiéndonos hacia el Sur por los desfiladeros, alcanzaremos el río Sutley.

—Pues adelante. Dura o no la jornada, la prefiero antes que habérmelas con estos salvajes del zarcillo en la oreja.

Aunque era de noche, caminaron un buen rato a la luz de la luna para despistar a posibles enemigos que siguieran la ruta de los tibetanos muertos y a medianoche hicieron alto.

De madrugada, reemprendieron la marcha atacando la áspera subida al Dallas.

La jornada fue dura y fatigosa, el ambiente diáfano, frío, de aire purísimo, oprimía sus pulmones, y retrasaba la marcha, pero al fin lograron coronar el alto pincho cubierto de nieve.

El descenso fue más suave. Al fondo, en una hondonada, hallaron mi río helado en el que consiguieron beber a costa de grandes esfuerzos.

De vez en vez, al coronar picachos de la montaña, dirigían ansiosamente la vista hacia abajo y a lo lejos, por los pocos y difíciles pasos de la cordillera, divisaban grupos que trataban de seguir la misma ruta aunque por caminos distintos.

—Nos persiguen con tenacidad —advirtió Karus—; no debemos desmayar si queremos conservar la ventaja. Es gente dura y acostumbrada a estas latitudes y no se rendirán fácilmente.

—Mientras les dominemos por altura, no les tengo miedo —advirtió Regis—; estas carabinas son formidables y podemos disparar sobre ellos impunemente.

Al décimo día de marcha cruzaron un desfiladero a diez y nueve mil pies sobre el nivel del mar, para alcanzar el cañón por donde corría el río Sutley. Éste, a causa del deshielo, venía muy crecido y tuvieron que realizar la proeza de vadearlo con agua a la cintura, mientras los caballos luchaban con la corriente para pasar al lado contrario.

La persecución continuaba infatigable. Aunque hasta aquel momento habían logrado mantenerse a cierta distancia de sus enemigos, éstos no cedían en el empeño de perseguirles hasta el límite del Tíbet y Karus temía que antes de alcanzar la raya del Indostán, les tuviesen tendida alguna emboscada.

Pronto hallaron en su difícil ruta algunos poblados en los que no se atrevieron a penetrar.

Deng-Po

y Dalia, quedaron rebasados dando un gran rodeo hasta hallar el desfiladero del Norte que les conduciría a las colinas de Dal-Pahar, o colinas rojas, así llamadas por su color bermejo intenso.

Una mañana, cuando caminaban a lo largo de las antiguas minas de oro de Logkwa Aur, un grupo que debía haber alcanzado el camino por algún atajo de ellos ignorado, les cortó el paso al llegar a la gran torrentera de Hop Hadh, que se hundía a tres mil pies de profundidad. Fué para ellos una sorpresa que estuvo a punto de costarles cara. Descendían de las alturas al fondo de la torrentera, cuando Regis, que bajaba en vanguardia, se detuvo tirando de las bridas del resistente caballo. Abajo, se había escapado el relinchar de una montura que sin duda les había olfateado y esto les salvó la vida. Los tres se arrojaron de las caballerías, obligando a éstas a tumbarse tras la protección de unos peñascales y agazapados a su amparo, atisbaron el fondo.

Una docena de feroces tibetanos bien armados, puestos en guardia por el relinchar de su caballo, se aprestaban al ataque con las carabinas en la mano, cubriendo con ellas todas las posibles bajadas.



Durante diez días caminaron penosamente por las montañas...

Karus, después de hacerse cargo de la situación, dió una orden:

—¡Cuidado! Aún no nos han localizado. Apuntar con calma. Yo al de la derecha, Kao al que está a su lado y tú elige el que más te agrade.

Regis sonrió gozoso y dijo:

—Para mí, aquel gigantón que gesticula como un gorila. Parece el mandamás de la partida y voy a ver si le calmo un poco los nervios.

Apuntaron cuidadosamente y Karus gritó:

—¡Ahora!

Las tres detonaciones vibraron como una sola y las tres víctimas elegidas cayeron a tierra revolcándose terriblemente en las ansias de la muerte.

—¡Fuego a discreción! —ordenó el profesor.

A su capricho, empezaron a disparar y cuando los tibetanos, repuestos de la sorpresa consiguieron localizar el lugar de donde partían los disparos, ya media docena habían mordido el polvo.

Los pocos que restaban, comprendiendo que se hallaban en situación desventajosa para la lucha, emprendieron la huida sin preocuparse de sus compañeros caídos y Karus, lanzándose hacia abajo impetuoso, gritó:

—¡Pronto! ¡Registremos a estos, sapos y escapemos a todo trote! A lo mejor, éstos van en busca de refuerzos a Logkwa Aur y si nos retrasamos podemos ser alcanzados.

El registro fué breve... Algunos trozos de yak, unas cantimploras que agradecieron con toda su alma, las armas y proyectiles, fué todo el bolín logrado.

Cargando con todo, montaron a caballo y abandonaron la torrentera, dirigiéndose en línea recta hacia Sher-ki

. Si lo alcanzaban pronto y conseguían hallar libre el paso de Gugerang a Basharch, la India se les mostraría al otro lado del desfiladero.

Por las noches dormían en los accidentes del terreno siempre montando cuidadosamente la guardia, y sólo descansaban durante las horas de obscuridad que les impedían caminar.

Kao era el que acusaba más el esfuerzo realizado. El chinito estaba molido de aquellas largas caminatas a caballo, pero se mordía la lengua y no lanzaba una queja a pesar de que el profesor le vigilaba constantemente y se daba cuenta de sus sufrimientos.

—¡Animo, pequeño! —le decía—. Lo peor ya ha pasado. Estamos a las puertas de la liberación y cuando nos encontremos en la India descansarás a gusto y verás cosas maravillosas que te compensen de estas agrias jornadas.

La ruta se iba acortando poco a poco. El valle de Sherki se presentó ante ellos más prometedor. Ni rastros de enemigos se mostraron a sus ojos y ahora caminaban con la seguridad de haber

evadido el peligro.

Al fin alcanzaron el desfiladero que partiendo de Gugerang, divide éste de Basharch, para penetrar en la India por la ruta indostánica.

El profesor, atenazado por un presentimiento, advirtió:

—Mucho cuidado. Aquí puede estar acechando la muerte si han tenido tiempo de organizar la emboscada. Es el último paso de que pueden disponer para cortarnos la retirada y tenemos que caminar con mucho tiento.

—Opino que debemos cruzarle de noche advirtió prudentemente Regis. Será más penoso y lento, pero más seguro. Sería una lástima que cuando nos encontramos a pocas millas de la salvación, nos cazasen como a ratas.

—Es peligroso, pero me parece acertarlo. Ahora, vamos a buscar un refugio en una oquedad de la montaña para los caballos. Son fuertes como yaks, pero han hecho jornadas agotadoras. Siuviésemos que confiar nuestras vidas a ellos, no estarían en condiciones de ayudarnos a salvarlas.

Aceptando el consejo, buscaron un refugio en una oquedad de la montaña, donde descansaron todo el día.

Era, peligroso este retraso, pero lo exigía su futura seguridad. Llegada la noche, se dispusieron a cruzar el desfiladero. Los caballos se habían recuperado y podía confiarse en ellos en caso de peligro.

Con todos los sentidos en tensión, caminaron durante la noche. Los pequeños contratiempos sufridos no les arredraron y amanecía cuando se encontraban a escasa distancia de la salida.

Súbitamente, de las alturas vibraron algunos disparos hechos a la escasa luz del amanecer y las balas rebotaron en tierra, pasando peligrosamente cerca de ellos.

Regis dió un respingo tirando de las bridas de su montura y rugió:

—¡Maditos sapos amarillos! Bien han sabido elegir el sitio! ¿Qué hacemos ahora?

Nuevos disparos llegaron a ellos. Uno hirió de refilón la montura de Regis y el profesor, desesperado, tomó la única resolución posible.

—Nada podemos hacer contra esa chusma. Están emboscados

ahí arriba. Sólo nos cabe confiar en el galope de nuestros caballos. ¡Adelante cada uno como pueda y que Dios nos tenga de su mano!

Aquello fué una huida suicida que estuvo a punto de costarles la vida a cada paso. Las balas les perseguían mortalmente silbando junto a ellos de modo siniestro, mientras los caballos, en su ciego galope, estuvieron a punto de despeñarse docenas de veces por los mareantes abismos que flanqueaban el desfiladero, pero su buena estrella les alejó de aquel doble peligro y veinte minutos después habían dejado atrás a sus feroces perseguidores.

Cuando el profesor se detuvo en espera de sus compañeros, una mortal ansiedad le dominaba. No sabía si al final la desgracia iba a truncar aquel valiente trío que tantos y tan audaces peligros había corrido, pero pronto se tranquilizó al ver avanzar hacia él a sus dos compañeros.

Al llegar, el caballo de Regís se desplomó en tierra. Había recibido un disparo en el cuello y pese a él, había trotado con ímpetu hasta caer desangrado.

—¡Pobre animal! —suspiró el criado—. Se ha portado como un bravo y toda mi vida le recordaré como uno de los más leales compañeros que tuve.

Cruzaron el campamento de Nithal, donde adquirieron algunos víveres que necesitaban y otro caballo y continuaron hasta Chitkul primer poblado en el valle Baspa.

Al día siguiente llegaron a Kilba y luego, por el camino Indostán-Tibet, cruzaron el puente de Wanglu para llegar a Baga.

Desde este lugar, usando diversos medios de locomoción pesados e incómodos, pero seguros, cruzaron la India en un pesado y largo viaje hasta llegar a Delhi muchos días después.

Karus se apresuró a visitar al embajador inglés, al que dió cuenta de su trágica odisea, pidiendo comunicar con el representante inglés en Pekín, que debía creerles muertos.

Sir Hamilton recibió la más viva impresión cuando logró hablar con Karus a través del hilo y tras felicitarle por su suerte, dijo:

—Supongo que todas sus impresiones las recocerá en un libro. Merecen ser conocidas y...

—No me hable; no quiero saber nada de sapos biliosos como dice Regis. Para nosotros, con Wang-Cheng ha muerto «El dragón de

fuego» y el tesoro de los lamas.

—Nadie va a creer en sus aventuras —opinó el embajador.

—Si no creen, que vengan a ver el anillo del Dalai-Lama que conservo en mi dedo anular como un tesoro. Vale millones, pero por todo el oro del mundo no lo vendería.

Terminada la conferencia, se retiró a descansar, pues buena falta le hacía y al día siguiente, cuando despertó, encontró la embajada llena de reporteros que habían tenido noticias de su llegada y le acosaban pidiendo detalles de la aventura.

Karus quiso evadirse y lo logró, pero Regis, más vanidoso, se aprestó a facilitar toda clase de noticias.

Karus, molesto por aquella publicidad, decidió abandonar Delhi y trasladarse a Madrás para tomar un trasatlántico en unión de su criado y de Kao y dirigirse a Londres. Cuando el barco iba a partir, un oficial entregó al profesor una carta que acababan de dejar para él.

Karus la abrió intrigado y quedó más intrigado aún al leer:

«Has robado el anillo sagrado del Dalai-Lama, pero no gozarás de su posesión. Nuestro poder te perseguirá hasta el fondo de la tierra».

Regis se echó a reír al leer la amenaza, pero el profesor, muy serio, dijo:

—No te rías, que la cosa es seria. De nuevo, nuestras vidas se ven amenazadas en la obscuridad, pero el anillo no volverán a rescatarle. Cuando lleguemos, lo depositaré en el Museo de Londres y que se atrevan a asaltarle para intentar su rescate.

Y apoyándose en la borda, quedó con los ojos clavados en la lejanía, mientras el barco, majestuosamente, despegaba cortando el agua camino de la madre Patria...



FIN DE LA NOVELA

Notas

[1] Abad nombrado por el Dalai Lama.

**¡ALGO DIFERENTE A CUANTO USTED HAYA LEIDO!
¡LO MAS ATREVIDO Y AUDAZ EDITADO HASTA LA FECHA!**

La Novela Fantástica

FANTASTICOS VIAJES A TRAVES DE LOS ESPACIOS SIDERALES
AVENTURAS INSOSPECHADAS EN LAS ENTRARAS DE LA TIERRA

La Novela Fantástica

LUCHAS TITANICAS ENTRE COMBATIENTES INTERPLANETARIOS
HOMBRES DE ACERO QUE MANEJAN EL RAYO DE LA MUERTE

La Novela Fantástica

LA PREHISTORIA Y EL FUTURO MAS DESLUMBRADOR, HERMA-
NADOS EN LAS PAGINAS DE ESTA COLECCION EXTRAORDINARIA



TITULOS PUBLICADOS:

**Los hombres de las orejas largas, Lucha en Saturno, La ciudad subterránea, En
el corazón del mundo, El rayo invisible, La isla sumergida, Los hijos de la Luna.**

Precio: DOS PTAS. ejemplar

Quedará SRO GUERRA - Guerra y Roca, 16, Barcelona



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».